

# JOSE MARIA DIEZ-ALEGRIA: POR UN DIALOGO CON EL MARXISMO

**J**OSE María Díez-Alegría, sacerdote raso, dice que es "un modesto pensador que quiere estar en la tierra y no en las nubes". Antes era un sacerdote jesuita, profesor en la Universidad Gregoriana de Roma, uno de los jesuitas más brillantes. Y más desobedientes. Nadie ignora el caso: la publicación del libro "¡Yo creo en la esperanza!", del que se llevan vendidas más de ciento treinta mil copias, lo enfrentó claramente con la jerarquía de la Compañía. La historia ha sido contada varias veces. Contarla una vez más, cuando ya el padre Díez-Alegría ni es profesor de la Gregoriana ni es jesuita, sino que es un cura de Segovia, no viene nada mal.

—La historia de lo que ocurrió con mi libro es un caso típico de las complejidades de los modernos medios de comunicación. "¡Yo creo en la esperanza!" salió en España en diciembre de mil novecientos setenta y dos. En enero de mil novecientos setenta y tres llegaron ejemplares a dos librerías de Roma que reciben libros españoles. Uno de esos ejemplares llegó a manos del corresponsal en Italia del "New York Times", que fue también corresponsal en la Argentina y conoce bien el castellano. El catorce de enero salieron simultáneamente tres crónicas sobre mi libro: una en "Il Messaggero", de Roma; otra en "Il Corriere della Sera", de Milán, y una tercera en el ya citado "New York Times". Las tres crónicas, el mismo día, curioso. Y antes de que se publicara nada en España sobre este libro escrito y editado en español. Al día siguiente, quince de enero, aparecieron en los periódicos españoles las crónicas de sus corresponsales en Roma que daban cuenta de este libro. Entonces apareció todo lo que pudiéramos llamar "boom" publicitario de "¡Yo creo en la esperanza!". O sea, que el escándalo, por llamarlo así, apareció en España por vía de Italia y de Estados Unidos. La reacción de la jerarquía española fue de gran respeto; no hubo ni siquiera una toma de posición. La reacción de los teólogos y del público fue mayoritariamente positiva ante el libro.

Después, Roma le pediría al jesuita Díez-Alegría que revisara su

concepto personalista de la obediencia y Díez-Alegría no se retractó y vino el exclaustamiento. Ahora mismo, Díez-Alegría sigue siendo miembro exclaustado de la Compañía de Jesús. Pasados los dos años del primer exclaustamiento, José María Díez-Alegría podía haber tenido todavía la posibilidad de contradecirse a sí mismo, de retractarse. Al no hacerlo, se le conceden tres años más de exclaustamiento hasta que éste se tome definitivo. Entonces será cuando el jesuita consolide su condición de sacerdote raso, sin esos ni jotas después del apellido.

—Sobre la posibilidad de reintegrarme a la Compañía de Jesús, yo no hubiera tenido dificultad alguna, personalmente. E incluso me mostré dispuesto, pero mis superiores me seguían pidiendo una manifestación que hubiera supuesto una retractación de mi manera de entender la obediencia religiosa. Yo no podía hacer esa manifestación, que no hubiera sido sincera. Si desapareciera ese obstáculo, yo no tengo ningún tipo de amargura que me impida volver a la Compañía.

La Compañía, la jerarquía de la Compañía, no admitió este planteamiento de su subordinado: "Mi manera de entender la obediencia religiosa es ésta: admitir todas las obligaciones estatutarias de la obediencia religiosa, entendidas en un sentido funcional de servicio del Evangelio, y admitiendo que el religioso, como cualquier cristiano, tiene que dar un testimonio coherente con la totalidad de su existir y debe integrar su obediencia en el cuadro de su conciencia personal".

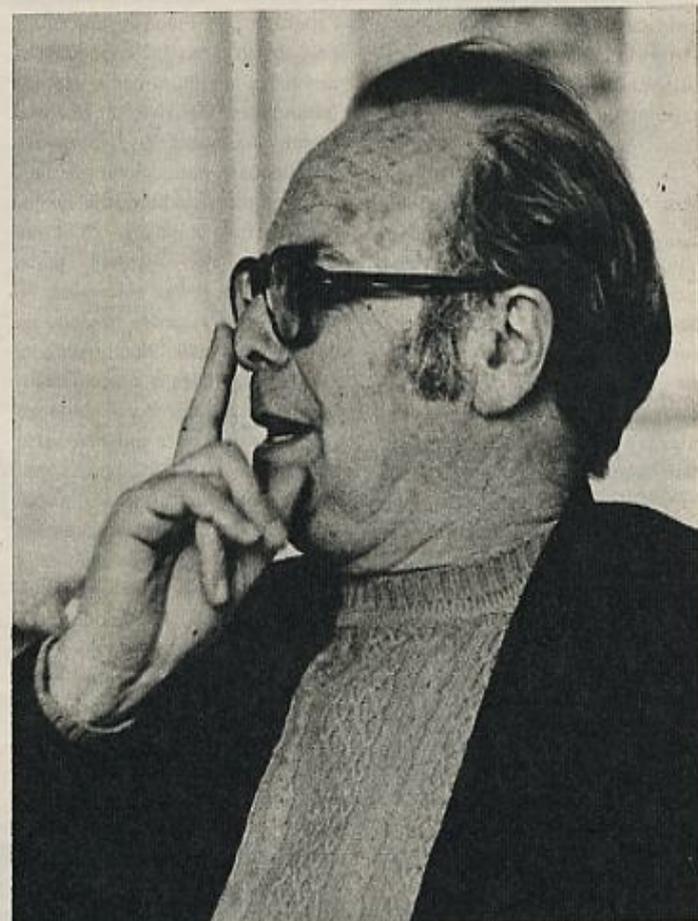
## Los obreros, la Iglesia; el cristianismo, el marxismo

El 5 de abril de 1956, "ante un público de la burguesía católica", Díez-Alegría pronunció en Madrid una conferencia cuyo esquema comenzaba diciendo —jaquel año!—: "En España gozamos de una aparente tranquilidad social, que no se apoya en sólido equilibrio, sino más bien en el poder político; y debajo de esa tranquilidad

hay un profundo descontento y sorda hostilidad de los obreros, en gran parte justificada. La malquerencia del obrero se refiere también a la Iglesia, aunque tal vez no en primer término. Los salarios legales son en gran parte injustos en principio, por excesivamente bajos, sin que la subida recientemente decretada cambie sustancialmente este estado de cosas. De una manera muy general, los empresarios no hacen problema de si deben dar una retribución superior al salario legal; se contentan con éste, sin que hayan faltado casos de fraude en el cumplimiento de las leyes. En conjunto, el modo de proceder de las instituciones eclesásticas no ha sido distinto en este punto (demos por supuesto que sin incurrir en fraudes de la ley). Por lo menos la Iglesia no ha dado la sensación de proceder de un modo distinto de la clase patronal en general". El esquema termi-

naba con esta consideración: "En los últimos veinte años, el catolicismo español, en conjunto y considerado en sus diversos estamentos, más bien ha guardado silencio acerca de estos problemas, probablemente por tratarse de una cuestión espinosa y desagradable para casi todos, menos para los obreros, para quienes resulta que la cuestión se plantea en serio".

El mismo año, Díez-Alegría escribió: "Hoy el mayor problema quizá que tiene la Iglesia católica es el de su ausencia de las masas populares, particularmente trabajadoras". Y "sería difícil eludir la calificación de predominantemente burguesa con respecto a la Iglesia española". La Iglesia, "los pobres evangélicos", en palabras de nuestro entrevistado, dichas en aquella lejana ocasión, "tienen hoy mucho más difícilmente por amigos a un mendigo que a un banquero". Probablemente, esas opiniones ratifi-



"Si no se llega a la democracia, hasta dentro mismo de la democracia, puede producirse un equilibrio inestable que se romperá a corto plazo".

cadadas en "¡Yo creo..." por Díez-Alegría fueron las que hicieron que la jerarquía se revoliera incómoda: el arraigado antimarxismo de los clérigos tradicionales tenía que chocar con ese lenguaje. Y Díez-Alegría había estudiado el marxismo y lo había comprendido, en el sentido más amplio de la palabra. Cristianismo y marxismo, sus relaciones, es uno de los temas que tratamos con él para después hablar de la concreta situación política y social de este país.

—Yo diría que en este problema de cristianismo y marxismo, de cristianismo y opción de clase, de cristianismo y socialismo, etcétera, etcétera, se puede proceder concéntricamente. Para mí, el punto más cierto y más básico es que un cristianismo fiel a Jesús y que no traicione su verdadero mensaje, no puede ser opio del pueblo, sino lo contrario. Y en segundo lugar, también en esta constatación central, que el cristianismo de hecho tiene mucho peligro de ser vivido y sentido de tal modo que resulte opio del pueblo. Naturalmente, ahí es donde a mí me ayudó la crítica marxista. Pero, en lugar de llevarme a renunciar a Cristo, a mí me llevó a comprender que el verdadero cristianismo es muy distinto de lo que nosotros estamos viviendo y que tenemos que hacer un esfuerzo de conversión. A partir de ahí, a mí me parece que entre los cristianos, y en gran parte de lo que pudiéramos llamar el "establishment", hay un antisocialismo y un antimarxismo que es ideológico, y que es uno de los elementos que hacen que el cristianismo esté funcionando como opio del pueblo. Entonces va habiendo cristianos en Latinoamérica, en España, en Italia, en Canadá, en Francia y en otros sitios que no sólo se liberan de ese antisocialismo y antimarxismo de tipo ideológico, en el mal sentido de la palabra (todo esto según veo yo las cosas), sino que creen positivamente que ellos, sin renunciar a su fe, pueden aceptar el socialismo y el marxismo. Naturalmente, éstos no entienden el marxismo de cualquiera de las maneras, como ha sido entendido, ya que, para ellos, el ateísmo no es elemento central del marxismo, ya que ellos son creyentes, pero entienden el marxismo en formas en que el marxismo es entendido por genuinos marxistas. Por ejemplo, el modo de entender el marxismo de un Lucio Lombardo Radice, en Italia, es un modo en el que el ateísmo no es elemento esencial del marxismo. Y él es un marxista de siempre, no creyente. Yo, frente al tipo de cristianos que hacen esa



"La Iglesia no debería asustarse lo más mínimo de que los ciudadanos se vayan a la izquierda en toda la extensión y profundidad que les parezca oportuna".

opción, defiendo la legitimidad de su opción y su libertad para hacerlo. También admito que un cristiano que viviendo su profesión de fe hace una opción de clase de tipo socialista y marxista inicia una experiencia en que su fe puede enriquecerse con su praxis sociohistórica y esta última, en el plano de la conciencia personal, puede recibir influjos de su vida de fe que son enriquecedores. En cambio, no me sentiría yo inclinado a buscar una justificación teológica de la opción socialista o de la aceptación del análisis marxista. Creo que el problema del socialismo como técnica histórico-política y el problema del marxismo son problemas de tipo humano, racional, científico, político, etcétera, y no de tipo teológico.

### La Iglesia y la opción política

Para Díez-Alegría, la Iglesia española de hoy ha constituido su centro —la mayoría—, su derecha —una minoría que todavía es fuerte— y su izquierda —que es una minoría, "con consistencia, dinamismo y futuro"—. El padre Díez-Alegría dice que, según él, la derecha está equivocada, el centro lo está menos y la que tiene la razón es la Iglesia de izquierdas. Pero, ¿cuál debe ser la opción de la Iglesia en un momento político como el que se nos avecina?

—Aquí tropezamos con muchas dificultades de terminología, porque en realidad la Iglesia no se reduce a los obispos y a lo que

pudiéramos llamar actos oficiales de la jerarquía... Pero todavía cuando hablamos de la Iglesia solemos estar pensando siempre en ese tipo de personas y de actos. Yo diría entonces, y en este último sentido, que la opción de la Iglesia, ante el porvenir político, ha de ser la de respetar la libertad de los ciudadanos en una democracia y no asustarse lo más mínimo de que los ciudadanos se vayan a la izquierda en toda la extensión y profundidad que les parezca más oportuna. Por poner un concreto ejemplo, con todo respeto y con toda sinceridad, yo pondría el ejemplo de la jerarquía italiana, que está equivocándose gravemente al impulsar a los ciudadanos hacia una determinada opción antizquierdista. Y yo desearía que en su día la Iglesia española estuviera muy libre de estas equivocaciones.

### El Gobierno niega a los comunistas

—Usted hablaba del diálogo entre marxistas y cristianos. Usted ha propugnado ese acercamiento. Y usted habrá visto las declaraciones gubernamentales españolas que niegan la participación de los comunistas en el inmediato futuro de la sociedad de este país. ¿Qué impresión le han causado a usted esas declaraciones oficiales?

—Me producen un efecto penoso, y también aquí quisiera extremar mi respeto y mi moderación en mis palabras, pero con este mismo espíritu me gustaría hacer una consideración. En el resumen que nuestra prensa hizo de las declara-

ciones del presidente Arias Navarro a la revista "Newsweek", yo noto una extraña contradicción. Por una parte, rechaza toda posibilidad del Partido Comunista de España y llega a decir, al parecer, cosas tan desagradables como que don Santiago Carrillo no puede ser considerado como español, y fundamenta esta afirmación gravísima diciendo que, según él, el señor Carrillo y su grupo no tienden a cerrar las heridas, sino a abrirlas. Y yo me pregunto: ¿las palabras del señor Arias y su afirmación de que él conoció lo que es el comunismo durante la guerra civil (como si el comunismo no hubiera evolucionado en cuarenta años) no abren heridas, o las mantienen abiertas irremisiblemente, en lugar de cerrarlas?

—Como sacerdote, como ciudadano, ¿usted tiene algún optimismo en cuanto a que este país vaya verdaderamente hacia la democracia?

—Yo creo que el proyecto de este Gobierno se podría caracterizar como un avanzar hacia la democracia sin llegar a la democracia. Si no se llega hasta la democracia, hasta dentro mismo de la democracia, se produciría un equilibrio inestable que se rompería bastante a corto plazo. Yo soy sólo un modesto pensador que quiere estar en la tierra y no en las nubes. A mí me parece que hay aquí también una especie de círculo vicioso. La razón por la que muchos quieren acercarse a la democracia pero sin llegar hasta dentro de ella es porque tienen miedo a que el juego democrático se vaya demasiado hacia la izquierda, y eso no están dispuestos a aceptarlo de ninguna manera. Yo, equivocándome o no, personalmente me alegraría mucho de que las cosas se fueran muy a la izquierda, pero me temo que no se irán demasiado. Sin embargo, con ese miedo al riesgo, ellos no van a entrar nunca en la democracia de veras. Y no van a resolver el futuro. Y lo cierto es que en este país, como en otros muchos, a lo máximo que se puede llegar dentro de las posibilidades actuales, es a superar el derechismo por vía de una democracia. A una democracia a la que se llegue sin miedo a riesgos.

Lo dijo en 1955, e incluso antes. Lo dice ahora. No porque los tiempos hayan cambiado: nota que avisa a caminantes. José María Díez-Alegría, sin SJ. Por desobediente. Sigue siendo desobediente. Es decir, comprometido. ■ JUAN CRUZ RUIZ. Fotos: CARLOS A. SCHWARTZ.